



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE ENERO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## Pequeño homenaje a Helena Garro



Ni centavo de cobre.

Carlos A. Ponzio de León

La oscuridad dentro del recinto era como la del centro de un agujero negro que chupa la luz que emiten las estrellas a su alrededor. Sin embargo, los tres esqueletos ahí encerrados no necesitaban ni siquiera de un hilo de sol para lograr mirarse entre ellos. Sus cavidades orbitarias eran sensibles a los movimientos que ocurrían, ciegos mirones que disfrutaban de observarse, como búhos quietos, parados encima de sus propios huesos. Igualmente, podían escuchar el choque de sus despojos al caminar o estirar sus extremidades, porque de pronto tomaban la decisión de dar vueltas para desaburrirse un poco. “¡Oigo ruidos!” dijo la vieja quedada en los ochenta años. “¡No hagas ruido, mujer, que los muertos debemos estar quietos!” Un haz de luz apareció desde arriba. “¡Están abriendo la lápida!” volvió a decir la vieja. “¿A quién traerán, abuelita?” “Espero que sea a tu madre, ¡porque tengo que ponerla en su lugar y he estado esperando el momento desde hace varios años!”

Comenzaron a asomarse un par de piernas que descendían desde el techo, luego el cuerpo completo iluminado por la luz solar. De arriba se filtraban voces y lamentos. Finalmente apareció una mujer cercana a los cuarenta, vestida en camión blanco, de cabello largo y castaño y ojos negros. “¡Mamita!” gritó la niña y corrió a abrazar el cuerpo de su madre cuando estuvo quieta en el piso. Pero al instante, la madre comenzó a elevarse de regreso hasta salir de la tumba. La niña comenzó a llorar: “¡Mamá, mamá!” “Tranquila, hijita, mamá al rato vuelve” y la niña estalló en un llanto putrefacto. “¡Nunca habíamos visto algo así!” dijo la vieja estupefacta y continuó: “¿Qué habrá sucedido?” El hombre se quedó en silencio, pensando. “Tendremos que preguntar a nuestros vecinos, los Rodríguez, a ver si saben algo”.

Cinco años antes, la vieja ya sufría de cáncer de pulmón, demencia vascular y problemas del corazón. Nunca tuvo dinero para atenderse y la única que hubiera podido hacerse cargo de los gastos en medicinas, habría sido esa hija. Pero la hija decidió irse de la casa un día, abandonando a la nieta a cargo de la abuela. El abuelo, por su parte, ya había muerto para entonces. Fue el primero en llegar a la tumba. Luego vino la muerte de la abuela, y con ello la niña enfermó y siguió a sus cuidadores en el camino.

Aquella noche, la del día del avistamiento de la madre, la familia de la nieta tocó con sus propios huesos la pared que daba a la tumba contigua: la de los Rodríguez. “¿Bajó y subió?”, preguntó la abuela Rodríguez. Y se quedó en silencio un largo rato. Luego se escucharon los pasos de la vieja. De pronto se detuvo, pudieron oírse las patas de una silla que se arrastraban y el suspiro de la abuela Rodríguez al sentarse. Los huesos de sus codos hicieron contacto con la madera de la mesa y se pudo escuchar el tintinar de la rodilla y el talón que subían y bajaban nerviosamente.

“¡Platiquenme más de esa mujer!” Del lado de acá, del de la familia de la nieta,

la abuela contó el pasado de su hija: se había embarazado de un desconocido, quien la abandonó. Y ella abandonó a la niña. En búsqueda de trabajo y sabiendo hacer tantas cosas: como cocinar, planchar, limpiar pisos, coser, lavar ropa... nada de eso eligió, ni siquiera casarse con el viejo rico del pueblo que le ofreció hacerse cargo de la niña. Ella prefirió la fiesta. Anduvo durante años para arriba y para abajo: en los tubos de los prostíbulos, danzando desnuda. Nunca volvió a la casa paterna, ni siquiera por su propia hija, y jamás le preocupó enviar algo de dinero para su cuidado cuando enfermaba, ni para los abuelos.

Los tres murieron y ahí han estado desde entonces, esperando a que la mujer llegara un día. Y así lo hizo finalmente, pero solo durante esos momentos en que descendió, mostró su rostro compungido y lleno de terror al verlos, cuando volvió a subir hasta desaparecer.

El silencio volvió a las tumbas. La abuela Rodríguez se levantó de su silla y se acercó a la pared para ser escuchada más fácilmente. “Esa muchacha tuvo oportunidad de encontrar el perdón de ustedes. El Arcángel San Gabriel le concedió ese favor; pero ella lo rechazó. Prefirió condenarse eternamente a vivir junto a su familia.”

La nieta comenzó a llorar nuevamente. “¡Mamita, mamita!” El abuelo colocó sus huesos sobre el cráneo de la nieta y le dijo: “No llores, hijita, eso de la mamá a veces está muy sobrevalorado en nuestra comunidad.”

NI UN PEDAZO DE CARNE

OLGA DE LEÓN G.

¡Viene alguien, Gertrudis!, métete debajo de esa mesa que tiene el mantel muy largo... quien quite y así no te vean. Y, tú Anita tras el sofá, estás tan chiquita que en un apuro cabes debajo de él. Toño,

Toño, corre, ven acá, escóndete en la ropería, detrás de los abrigos, que tú tan flaquito ahí cabes muy bien, paradito, de pie, pero no te muevas y si puedes no respires o hazlo, pero muy quedito, que los que entren no te oigan... No tenemos tiempo de volver al sótano, oigo ya sus pasos cerca. ¡Ocultémonos!

“Y tú, Lila, dónde te esconderás hermanita”, pregunta Paco, quien entra al cuarto de dormir, de sus padres, asustado, pero disimulando su miedo. Es el mayor de todos los hermanos. Y subió corriendo las escaleras, para avisarles del peligro que se avecina si los gendarmes entran y los descubren viviendo todavía en su propia casa: “Tienes que esconderte muy bien, también tú, Lila. Que si nos agarran, nos separarán y cada cual podría ir a la calle, al desamparo total, o a casas distintas... Y, así, nunca encontraremos, ni nos encontrarán nuestros padres o alguno de los abuelos”.

Afuera se oía soplar al viento, con más intensidad que otros días. Ellos, los tres niños y los dos mayorcitos, los casi adolescentes, estaban acostumbrados al soplo del viento que se colaba por los vidrios rotos de algunas ventanas y las rendijas de los portones grandes, ya medio desgastados y medio más viejos y resecos por el abandono y poco uso.

Nadie los visitaba, ni siquiera para ir a preguntar si la propiedad estaba en venta. Pero, cómo les preguntarían, si no estaban a la vista de los demás; y aunque lo estuvieran, nadie podía verlos... Quizás la gente del pueblo no quería ver a nadie que allí pudiera estar viviendo, o tenían miedo de que algún miembro de esa familia se les apareciera repentinamente. Lo desconocido como la muerte, infundía temor, más en esos tiempos de revueltas y fuertes diferencias políticas.

Lila se quedó detrás de la puerta, junto al ropero grande que tenía un enorme agujero por atrás, ella podría meterse allí,

en un apuro. Paco volvió de prisa al sótano, a confundirse con la penumbra que en él reinaba.

“Pelotón, ¡alto!; detengan su marcha. Revisemos esta propiedad, veamos que nadie esté viviendo aquí... y si dejaron algo de valor o hay algo para comer, un pedazo de carne...”

Y, los cinco hermanos, en silencio, empezaron a elevar sus plegarias al cielo, con sus ojitos bien cerrados, las manos tapando sus orejas (donde alguna vez las tuvieron), y su cabeza gacha, como quien se quiere esconder: no viendo, no oyendo y tampoco respirando, a esto último, ya estaban acostumbrados.

Un par de soldados, de los más jóvenes y con cargo de proveedores, sin temor a sorpresas, empezaron a recorrer los amplios cuartos de aquella que debió ser la finca de algún rico hacendado.

El sargento, el soldado de primera y los cuatro fusileros y granaderos se acomodaron sobre los sillones menos enterrados para descansar, mientras el jefe decidía qué camino tomarían ahora o más tarde. Mientras, los tres proveedores buscaban no sabían qué, pero obviamente, allí no hallarían municiones ni mucho que pudiera servirles; no obstante iban atentos revisando las existencias.

De la presencia de los dueños de la casa, que aún la habitaban, nadie se percató, cómo lo harían si solo quedaban sus espíritus que deambulaban por los cuartos, el pórtico y el patio, cuando presentían que sus niños corrían algún peligro de noche o que podían ser descubiertos viviendo aún en su propia casa. No, de día nada temían, sus hijos sabían cómo salir ilesos de cualquier problema...

Estando a punto de dar por terminado su recorrido, los dos soldados proveedores, oyeron un fuerte ruido en el sótano y con algo de miedo, bajaron las escaleras. Pronto se detuvieron, pues otro ruido se escuchó, ahora arriba... rápidamente regresaron y fueron hacia la que era la alcoba principal: Nada, todo se veía normal. Entonces, alguno de los que descansaban o dormían en la sala, gritó: ¡qué pasa, soldado! Antes de que pudiera recibir respuesta, llegó con el rostro desencajado, el soldado que había descubierto a Toño, al tratar de sacar un chaquetón del ropero.

Viendo, sin mirar, lo sucedido, los demás hermanos empezaron a emerger de sus escondites, envueltos en lo que les quedaba de sábana o ropa con la que los habían escondido sus padres antes de que ellos murieran a manos del ejército de rebeldes revolucionarios. ... No salieron caminando sino flotando, sobre los muebles y cosas de la casa. Todos, sin discriminar por rango, salieron espantados, escuchando sonoras carcajadas que parecían provenir del techo.

Subieron a sus caballos los que llegaron montados y corriendo los que andaban a pie. Todavía a distancia escucharon tremendas risotadas y el movimiento de las sábanas agitadas por el fuerte viento.

Con voz calma, pero fuerte y decidida, Lila y Paco, al unísono pronunciaron: ¡Gertrudis, Toño, niñas!, volvamos a la casa; es hora de cenar.



Lord Byron

(George Gordon; Londres, Gran Bretaña, 1788 - Missolonghi, actual Grecia, 1824) Poeta británico que figura entre los más emblemáticos representantes del romanticismo europeo. Perteneciente a una familia de la aristocracia de su país, perdió a su padre a los tres años. En 1798, al morir su tío abuelo William, quinto barón Byron, heredó el título y las propiedades.

Educado en el Trinity College de Cambridge (etapa en la que curiosamente se distinguió como deportista, a pesar de tener un pie deforme de nacimiento), Lord Byron vivió una juventud amargada por su cojera y por la tutela de una madre de temperamento irritable. A los dieciocho años publicó su primer libro de poemas, Horas de ocio, y una crítica adversa aparecida en el Edimburgh Review provocó su violenta sátira titulada Bardos ingleses y críticos escoceses, con la que alcanzó cierta notoriedad.

En 1809, al ser declarado mayor de edad, Lord Byron emprendió una serie de viajes en los que recorrió España, Portugal, Grecia y Turquía. A su regreso publicó, como memoria poética de su viaje, los dos primeros cánticos de La peregrinación de Childe Harold, que le valieron rápidamente la fama. El héroe del poema, Childe Harold, parece basado en elementos autobiográficos, aunque sin duda recreados y aumentados para configurar lo que sería el típico héroe byroniano -al que él mismo trató de emular en su vida-, caracterizado por la rebeldía frente a la moral y las convenciones establecidas y marcado por una vaga nostalgia y exaltación de sentimientos, en especial el sufrimiento por un indeterminado pecado original.

En Suiza, de donde había llegado procedente de Bélgica, Lord Byron convivió con el poeta Shelley y sostuvo relaciones amorosas con Claire Clairmont. Tras una estancia en Génova, se trasladó a Venecia, donde inició, en 1819, una nueva y turbulenta relación amorosa con la condesa Guiccioli y llevó una vida fastuosa y salpicada de escándalos; más tarde fue a Ravena.

En esta época terminó el cuarto canto de Childe Harold y su Manfred (1817), que le permitió sostener correspondencia con Goethe, quien diría de él que se trataba del «primer talento de su siglo». En 1819 inició su famoso Don Juan, considerada por muchos como su mejor obra, en la que recrea al mítico personaje en un tono que oscila entre la gravedad y la ironía. En 1822, y junto a los poetas Shelley y Leigh Hunt, fundó en Pisa la revista The Liberal, cuya publicación se interrumpió enseguida debido a la muerte del primero y a la disputa de Byron con Hunt.

Lord Byron reclutó un regimiento para la causa de la independencia griega, aportó sumas económicas importantes y se reunió con los insurgentes en julio de 1823 en Missolonghi. Murió de unas fiebres a los treinta y seis años de edad.

La fama de que gozó en su época se ha visto reducida en gran medida con el paso de los años y el aumento de la perspectiva histórica. Se ha discutido el valor literario y sobre todo el carácter innovador de sus composiciones líricas, mientras que su facilidad versificadora y su expresión ágil e incisiva mantienen el interés de sus sátiras y composiciones narrativas. Byron encarnó para sus coetáneos el ideal del héroe romántico.

*ad pèdem literae*

*Luchar contra nuestro destino sería un combate como el del manojo de espigas que quisiera resistirse a la hoz*

Lord Byron

Letras de buen humor

*No hay cosa más incierta que el número de años de las señoras que se dicen de cierta edad*

Lord Byron

Elmer Mendoza

## La sangre desconocida, de Vicente Alonso

Si es usted un lector exigente, de esos que jamás leen libros que no le dejen algo; pues le tengo noticias, aquí tiene la novela que estaba esperando, o con la que deseaba iniciar el 2023 leyendo lo que le gusta y como le gusta. Una novela que lo entretendrá, le propondrá movimientos inesperados, le dará a conocer personajes diferentes, le hará recordar su juventud militante o lo inducirá a comprender por qué sus mayores observan con desdén a los gobernantes actuales. La sangre desconocida, publicada por Alfaguara del grupo Penguin Random House en octubre de 2022, en México, en coedición con la Universidad Autónoma de Sinaloa, contiene, entre otros elementos, todo eso. Además mereció el Premio Nacional de novela Elmer Mendoza, convocado por la Universidad mencionada en 2021. Nada menos.

Vicente Alfonso, que nació en Torreón en 1977, es un escritor con diversas cualidades, entre ellas la de ser muy paciente, y esa característica es la que le permite crear universos narrativos entrecruzados como perfectas líneas de energía espacial. Es el aspecto sobresaliente en La sangre desconocida, donde una historia que ocurre en Guerrero en la época de Lucio Cabañas,

convive con la de un secuestro en Camel City, Estados Unidos, con la de una fuga en Jalisco, la de una chica y un maestro en Culiacán, Sinaloa y una pareja de la Ciudad de México, que se las arregla para vivir juntos aunque tengan pocas afinidades. Desarrollada en capítulos cortos, Vicente consigue tejer una novela con misterios, elipsis, atmósferas y revelaciones que los lectores disfrutarán al máximo. Personajes como Rosario, Amparo, Mamá Flor, Amapola, Harriet, Fernanda, Viury, Byrd, Lansky, Fabián, Ayala, Clemente, Howells y otros cobran vida en páginas que en parte son auténticos testimonios de la vida de los militantes de izquierda que vivieron en los 70 y que quedaron en el camino. Muertos, enfermos, dementes, desaparecidos. Menciona la Liga 23 de Septiembre y a Black Panthers, que en su tiempo sacudieron el tejido social, político y económico de dos países que hicieron todo para borrarlos del mapa.

Vicente Alfonso es un autor de calculada fineza. Posee el instinto que un narrador requiere y adquiere para llevar una historia capa por capa sin afectar la trama y el tiempo en que las revelaciones deben ocurrir. El arte de narrar. Esto otorga a su novela una



categoría que no le pasará desapercibida y que, desde luego, es de los puntos más apreciables de La sangre desconocida. También es notable el manejo correcto del lenguaje. Un lector sabe que un buen escritor jamás utiliza códigos innecesarios en sus obras, aunque sea la moda o lo que llame la atención. Siempre se adhiere a las exigencias estéticas del género que está trabajando sin dejar de lado los riesgos. Son la emoción que se comparte. La descripción de los espacios es perfecta. La sierra del Sur, Culiacán, la pequeña ciudad tabacalera

que es Camel, el internado donde dos personajes se conocen, el mercado donde se consigue comida mexicana, la conducta de dos patrones de dos nacionalidades y, por supuesto, la variedad de la belleza femenina, que sin exagerar marca parte de la historia. Por supuesto que hay algo de música, cine, comida y alcohol. Pero sobre todo hay actitudes y un trabajo perfecto con los perfiles de los personajes. Gran novela. La mayoría de los lectores al terminar el último capítulo letrarán hacer varias cosas, pero una primero. Ya verán.